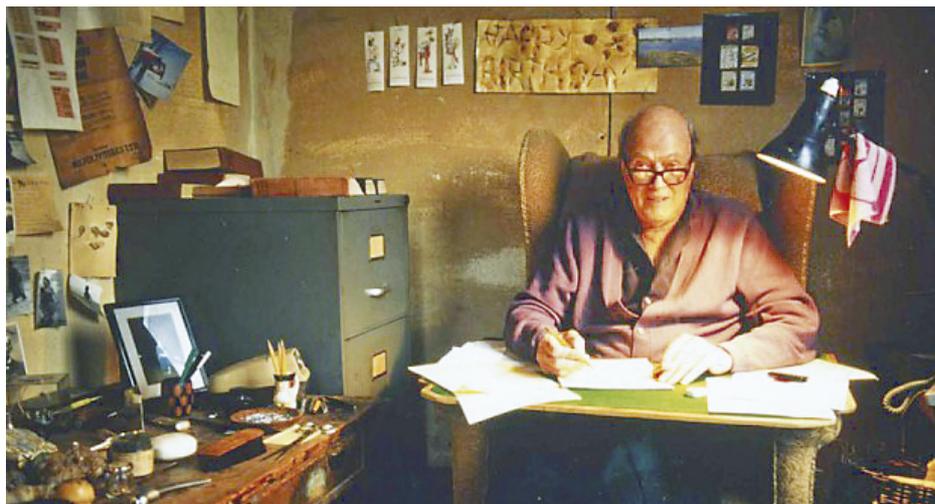


En 1929, cuando apenas acaba de cumplir trece años, Roald Dahl (Cardiff, 1916-Oxford, 1990) emprendió los estudios secundarios en la Repton School de Derbyshire. Allí fue ayudante de un prefecto, se convirtió en capitán del equipo escolar de *fives* y experimentó sus primeras dudas de fe cuando vio al director de la escuela predicar sobre Misericordia y Perdón pocas horas después de procurar duros castigos corporales a otros alumnos. También se convirtió en catador experto de chocolates Cadbury, según él mismo relataba en su libro *Boy (Relatos de infancia)*, y poco a poco, entre maestros autoritarios y aficionados a los castigos corporales, veranos en Noruega y chokolatinas, en su mente tomaba forma el universo que terminaría plasmando en libros como *Charlie y la fábrica de chocolate*, *Matilda* y *James y el melocotón gigante*.

Cuando era niño, un maestro de Inglés sentenció en su informe escolar el escaso talento de Roald Dahl para la literatura. Poco podía imaginar entonces que aquel niño terminaría convertido en uno de los autores de literatura infantil y juvenil más leídos del siglo XX, además de escritor de guiones cinematográficos, novelas y cuentos para adultos. En el año en que se cumplen cien años de su nacimiento, editores, escritores e incluso una exposición en Lon-

Roald Dahl
(1916-1990)



El escritor que soñó con ser chocolatero

Hijo de padres noruegos, y nacido en Cardiff en 1916, Roald Dahl se convirtió en uno de los autores más leídos del siglo XX con libros como 'Charlie y la fábrica de chocolate' y 'Matilda'

En su centenario, se celebra la pluma que supo crear niños capaces de hablar a otros niños sin la impostura de los adultos

dres celebran este año la pluma que supo crear niños capaces de hablar a otros niños sin la impostura de los adultos.

Nacido el 13 de septiembre de 1916 en Cardiff, hijo de padres noruegos afincados en Inglaterra, Roald Dahl —que había recibido su nombre en honor al explorador Roald Amundsen— perdió a su padre Harald Dahl cuando apenas tenía cuatro años. Pese a ello, su madre Sofie Magdalene Hesselberg de Dahl prefirió mantener a la familia en Gran Bretaña para cumplir el deseo de su marido de que sus hijos fueran educados en escuelas inglesas.

Catador de Cadbury

Su paso por todas ellas lo recordaba Roald Dahl, años después, en su libro *Boy*, relato de las muchas cosas que causaron en él “una impresión tan viva” que “ya nunca” fue capaz de quitárselas de la cabeza, según confesaba. Muchas permiten atisbar el origen de algunos de sus personajes. Otras son, según él mismo reconoce, inspiración directa para sus historias. Es el caso de las cajas de chokolatinas Cadbury que de vez en cuando recibía en Repton para que puntuara las nuevas propuestas de la compañía. “Empecé a darme cuenta de que las grandes empresas chocolateras disponían realmente de departamentos de

invención y se tomaban muy en serio sus innovaciones”, reflexionaba el autor en *Boy*, donde también confesaba que solía imaginarse “una sala larga y blanca, como un laboratorio, con marmitas de chocolate, y dulce de cacao y caramelo, y toda clase de rellenos exquisitos hirviendo sobre los hornillos, en tanto que hombres y mujeres con batas blancas se afanaban entre las bullentes marmitas, caticando y mezclando y combinando sus maravillosas invenciones”, recuerda.

Y por si al lector le quedara alguna duda, él mismo confiesa que, con toda probabilidad, treinta y cinco años después fueron aquellas “cajitas de cartón” y

las “chokolatinas recién inventadas que contenían” las que lo inspiraron para el célebre *Charlie y la fábrica de chocolate* y para dar vida a personajes como Willy Wonka.

Profesores demasiado aficionados a la violencia física —“Durante toda mi vida escolar me aterró el hecho de que a maestros y alumnos mayores se les permitiera herir literalmente a otros niños, y a veces herirlos de gravedad. No podía asimilarlo. Jamás he podido”, aseguraba—, la morriña casera del primer internado, los veranos en Oslo o el accidente de coche en el que casi pierde la nariz son algunos de los recuerdos de una infancia que convirtió en novela.

Piloto en la RAF

Pero su vida adulta no fue menos apasionante. Terminada la escuela, en 1934, empezó a trabajar en la petrolera Royal Dutch Shell. Y dos años después, recibió su primer destino internacional, en Dar-es-Salaam (ac-

tual Tanzania). Allí vivió lujosamente, con un cocinero y ayudantes personales, hasta que en 1939 se unió a la Royal Air Force (RAF) para combatir en la Segunda Guerra Mundial. Lo contaba en su segundo libro autobiográfico, *Volando solo*, en el que relataba las vicisitudes de la guerra, los vuelos de combate y el grave accidente que lo dejó temporalmente ciego.

Su incursión en la literatura comenzó en 1942, cuando fue trasladado a Washington como militar aéreo. Fue con relatos cortos, pero pronto llegaría su primer libro para niños, *Los Gremilins* (1943), pequeñas criaturas malvadas que formaban parte del folclore de la RAF. El impulso definitivo de su carrera como escritor infantil, sin embargo, llegaría unos años después con libros como *James y el melocotón gigante* (1961), *Charlie y la fábrica de chocolate* (1964) y su segunda parte, *Charlie y el gran ascensor de cristal* (1973).

En 1953 se casó con la actriz

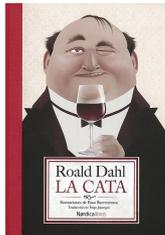
estadounidense Patricia Neal, con quien tuvo cinco hijos. Cuando a consecuencia de un accidente infantil uno de ellos, Theo, quedó aquejado de hidrocefalia, Roald Dahl trascendió su faceta de escritor y se implicó en el desarrollo de la que sería la válvula de Wade-Dahl-Till, ideada para aliviar la enfermedad. Además, nunca dejó de estar volcado en la escritura tanto de libros como de guiones cinematográficos.

En 1983 Patricia Neal y el escritor se divorciaron y Dahl volvió a casarse con Felicity Ann d'Abreu Crosland, con quien vivió hasta su muerte, a causa de una leucemia, en 1990. Con ella firmó también su último libro, publicado póstumamente en 1991. Con el título de *Memories with Food at Gipsy House*, en él mezcla recetas, recuerdos familiares y reflexiones sobre algunos de sus temas favoritos, incluido, claro está, el chocolate.

Beatriz Rucabado

Escritor para adultos

Aunque su faceta más conocida es la de escritor de historias juveniles, Roald Dahl tenía un humor negro que volcaba en sus cuentos para adultos. Algunos los reunió en el libro *Relatos de lo inesperado* (1979), que se convirtió en exitosa serie de televisión. Otros han inspirado a cineastas como Alfred Hitchcock y Quentin Tarantino. Con motivo del centenario de su nacimiento, Nórdica Libros recupera ahora uno de estos cuentos para adultos en una edición cuidadosamente ilustrada de *El librero*. Irre-



verente y descarado, el relato narra las vicisitudes de un misterioso librero, William Buggage, y su ayudante, la señorita Tottle. Ambos regentan un establecimiento de libros raros, aunque el lector poco a poco descubre un relato sobre la picaresca humana y sus consecuencias. El libro de Dahl se une así en la colección de Nórdica a otro de los relatos del escritor galés, *La cata*, en el que ironiza sobre el esnobismo del ser humano y, sobre todo, del mundo que envuelve la crítica gastronómica y de vinos.